



Actas de las Jornadas de Historia sobre el Descubrimiento de América

Tomo IV: Jornadas XI, XII, XIII y XIV
2015, 2016, 2017 y 2018
«Casa Martín Alonso Pinzón»
Palos de la Frontera

Actas de las Jornadas de Historia sobre el Descubrimiento de América.

Tomo IV: Jornadas XI, XII, XIII y XIV, 2015, 2016, 2017 y 2018. Eduardo García Cruzado (Coordinación).

Sevilla: Universidad Internacional de Andalucía, 2019. ISBN 978-84-7993-346-3. Enlace: <http://hdl.handle.net/10334/3954>

La civilización azteca

José Luis de Rojas

Universidad Complutense de Madrid

La tradición mesoamericana

El centro de México tiene una tradición cultural milenaria. En él se desarrollaron sucesivas culturas que compartieron rasgos comunes y que fueron haciéndose más y más complejas hasta que en el siglo XIV llegó un grupo nómada que con el tiempo originó el imperio culhua-mexica que generalmente llamamos azteca. Muchos de los rasgos que definen a los aztecas forman parte de la herencia que estos recibieron: la base agrícola basada en el maíz, el frijol, el chile y la calabaza; los juegos de pelota, la construcción de pirámides escalonadas con un templo encima; el uso de un calendario doble con un ciclo de 365 y otro de 260; la escritura llamada jeroglífica, que en realidad es mayoritariamente silábica; y otros tantos.

La historia azteca y su éxito:

La mayor parte de lo que sabemos sobre la migración mexica y sus primeros tiempos en el valle de México lo escribieron ellos mismos. Y claro, los buenos son siempre ellos, que constituían un pueblo predeterminado al éxito. Y desde luego lo tuvieron, sobre todo en la parte historiográfica pues casi siempre estamos contando la historia que ellos quisieron que la contáramos, la historia en la que ellos, el pueblo de Huitzilopochtli, asumen el papel protagonista y los demás pasan a ser unos meros comparsas. La densa tradición mesoamericana casi

desaparece en los estudios de los aztecas y los pueblos que moraban en el valle de México cuando los mexicas llegaron aparecen solamente para ser vencidos. Los relatos de la migración obvian las características de los lugares por donde pasan y minimizan los tiempos que pasan en cada lugar, empezando a ser más representados cuando los mexicas llegaron al Valle de México y se encontraron un conglomerado de poblaciones desarrolladas y un sistema político sofisticado en el que se infiltraron en el nivel inferior. Había ya un estado importante, al que a veces nos referimos como imperio tepaneca, con capital en Azcapotzalco y en él encontraron cobijo y adquirieron una experiencia que les sirvió posteriormente para desarrollar su propio sistema político, como más adelante veremos. Y así, hasta la fundación de Tenochtitlán, en el centro de una laguna en el año 1325, continuando otro siglo como pueblo sujeto, hasta la emancipación y comienzo del imperio en 1428.

En ese periodo de tiempo, diversas aventuras nos muestran ya el carácter guerrero de nuestros protagonistas. Se distinguieron por su bravura, casi mejor dicho, por su crueldad, y fueron escalando posiciones en el organigrama político, lo que se traduce en que sus señores cada vez hacían mejores bodas, hasta que uno de ellos recibió por esposa a una componente de la familia gobernante en Azcapotzalco, la ciudad más importante de aquel tiempo en el Valle de México. El éxito llamaba ya a la puerta. Episodios destacados fueron el sacrificio de la hija de Achitometl, el señor de Culhuacan, otra capital importante. Habían solicitado su mano para casarla con su dios y habían omitido decirle al padre que eso implicaba el ser sacrificada y desollada. Eso sí, le invitaron a la ceremonia y cuando el infortunado comprendió lo que estaba pasando, ya era tarde. Como era de esperar, no le gustó nada y tomó represalias. En otra ocasión, antes de la fundación de la ciudad, les concedieron para morar un paraje llamado Tizapan, famoso por estar infestado de serpientes venenosas. Creían que así acabarían con los mexicas, que no gozaban ya de muchas simpatías, pero sucedió lo contrario de lo que esperaban: fueron los mexicas los que acabaron con las serpientes y lo hicieron mediante el simple procedimiento de comérselas. Además de acabar con la plaga, medraron. El último episodio que vamos a referir también deja clara la astucia mexica. Servían al señor de Azcapotzalco como una especie de mercenarios y sospechaban que no se les iba a reconocer debidamente su cometido, por lo que a cada prisionero que hicieron le cortaron una oreja y la guardaron. Cuando se produjo el recuento de prisioneros y trataron

de escamotearle los suyos a los mexicas, estos hicieron notar que a muchos les faltaba una oreja y sacaron el saco donde las habían guardado, para que no quedara ninguna duda. Parte de la causa por la que se establecieron en la isla en el centro de la laguna tiene que ver con que nadie les quería cerca. Eso sí, ellos lo disfrazaron con la historia de la profecía de Huitzilopochtli que les iba a marcar el lugar donde habían de poblar y erigirle un templo, con un águila devorando una serpiente en lo alto de un nopal que es lo que vemos en el glifo de Tenochtitlán y en el escudo actual de México.

El año 1325, según la cronología más aceptada se fundó la ciudad de Tenochtitlán, como un modesto asentamiento en una isla al interior de la laguna de Texcoco, y en ella se erigió el primer templo dedicado a Huitzilopochtli. Seguían estando sometidos a la autoridad de Azcapotzalco y con el tiempo fueron ganando importancia hasta merecer que su señor se casara con una hija del señor principal, de manera que con el tiempo el gobernante de Tenochtitlán y el de Azcapotzalco fueran parientes cercanos: se logró con Chimalpopoca, señor de Tenochtitlán y nieto de Tezozomoc, quien dominaba el imperio tepaneca con sede en Azcapotzalco, en la orilla occidental de la laguna. Todo esto llevó casi un siglo. Hacia 1428 murió Tezozomoc y se desencadenó una dura batalla por la sucesión, que acabó en manos de Maxtla, hijo del difunto señor, conocido en la historiografía como «el tirano». Lo cierto que se abrió camino eliminando rivales, pero sus actos tuvieron consecuencias. Entre los descontentos estaban algunas de las ciudades principales del valle de México, como Texcoco y Tenochtitlán. Chimalpopoca murió violentamente, asesinado por la facción mexica enemiga de los de Azcapotzalco, como demostró Carlos Santamarina en su momento.¹ Un tío y un sobrino, pertenecientes a la dinastía gobernante en Tenochtitlán, Itzcoatl y Tlacaélel, se pusieron de acuerdo con Nezahualcoyotl de Texcoco y encabezaron una gran rebelión que acabó con la derrota de Maxtla, el fin del imperio tepaneca y el comienzo del Imperio de la Triple Alianza, en el que a los mencionados Tenochtitlán y Texcoco se unió Tlacopan, como «heredero» de los tepanecas.

Una vez consumada la independencia tocó pacificar la tierra y convencer a los demás pueblos que no había terminado el imperio tepaneca, sino que había

1. Carlos Santamarina: La muerte de Chimalpopoca: evidencias a favor de la tesis golpista. *Estudios de Cultura Nahuatl* 28, pp. 277-316, 1998.

cambiado de dueños y ahora lo gobernaba una Triple Alianza en la que al principio Texcoco y Tenochtitlán ocupaban puestos similares y Tlacopan quedaba en un segundo plano. Esto cambió con el tiempo y a la llegada de los españoles, Tenochtitlán era claramente el poder más fuerte en Mesoamérica. Esto se ve claramente en las realineaciones dinásticas que se produjeron. El linaje de Azcapotzalco dejó de ser el principal y pasó a serlo el de Itzcoatl, tanto para la capital como para los lugares sometidos, lo que debió llevar consigo numerosos conflictos entre los señores polígamos, al cambiar la esposa principal. Un caso muy interesante se dio en la propia Tenochtitlán, en la que un hijo de Itzcoatl, de nombre Tezozomoc, se casó con una hija de Motecuhzoma, sobrino y sucesor de Itzcoatl y hermano de Tlacaelel. Tuvieron tres hijos que gobernaron sucesivamente a la muerte de su abuelo materno: Axayacatl, Tizoc y Ahuitzotl, los tres descendientes de un *huey tlahtoani* (gran rey, emperador) tanto por parte de padre como de madre. Es muy posible que Tezozomoc no llegara a gobernar por morir antes que su primo, cuyo mandato se extendió de 1440 a 1469. Con Itzcoatl se produjo, como hemos mencionado, el asentamiento del nuevo imperio, con Moctezuma comenzó la gran expansión fuera del valle, continuada por dos de sus nietos, Axayacatl y Ahuitzotl y rematada por su bisnieto, hijo de Axayacatl, que sucedió a su tío Ahuitzotl en 1502 y estaba en el poder cuando llegaron los españoles en 1519: Motecuhzoma Xocoyotzin, el Moctezuma de nuestros relatos.

Los comienzos fueron lentos. Motecuhzoma I tardó 14 años en comenzar a hacer conquistas fuera del antiguo dominio tepaneca y lo hizo a partir de una gran hambruna que duró cuatro años, justo a mediados del siglo XV. Tras ella la expansión imperial fue imparable, se alcanzaron las costas de los dos océanos y se llegó por el sureste a las tierras mayas. El Imperio no dejó de crecer pero no lo hizo de una forma uniforme, ni ocupó todos los territorios: algunas zonas permanecieron independientes, bien al interior del territorio, destacando Tlaxcala, que tan importante papel jugará en la conquista española, como tendremos ocasión de ver, en el este; el imperio tarasco, en el actual estado de Michoacán, en el oeste, al que los mexicas nunca pudieron derrotar; en el mismo centro, la ciudad gemela de Tlatelolco, que permaneció independiente hasta 1473, en que Axayacatl la incorporó al imperio, en lo que supone un auténtico desafío a la comprensión de los investigadores. Lo más probable es que tuviera que ver con la propia configuración del imperio. Durante mucho tiempo pen-

samos que estaba constituido por 38 provincias tributarias, tal como aparece en el *Códice Mendoza*, y que era un imperio fundamentado en lo económico, que no iba más allá de exigir tributos a sus súbditos, eso sí, cuantiosos. Ahora sabemos que era más complejo y que lo que antes pensábamos que era el imperio no era más que una parte del mismo. A las provincias tributarias hay que sumar muchos lugares, que algunos autores llaman «estratégicos», que no pagaban tributos en especie al imperio, sino que sus cometidos eran otros, entre ellos la guarda de fronteras en lugares importantes, de ahí el calificativo asignado. Había distintas formas de pertenecer al imperio y tenían que ver en principio con su forma de incorporarse al mismo: si era conquistado por la fuerza de las armas, se le solía imponer un tributo oneroso y cambiar a su señor, aunque se procuraba que el nuevo fuera también miembro de la familia gobernante. Si se rebelaba, recibía un castigo, que solía incluir un incremento del tributo y en ocasiones, la imposición de un gobernador procedente de Tenochtitlán. Pero si se incorporaba pacíficamente al imperio su situación podía ser mejor. Además, nada era definitivo y la situación de un lugar imperial podía empeorar o mejorar con el tiempo: una ayuda importante en alguna conquista podía suponer una mejora en las condiciones o aspirar a una esposa imperial de mayor nivel. De hecho, la historia mexicana antes de pasar al primer lugar, nos ilustra muy bien sobre las condiciones del imperio. Un parte importante de la política tenía que ver con las alianzas matrimoniales. En Mesoamérica, desde muy antiguo, como queda de manifiesto en las estelas mayas, había una activa política matrimonial de las elites, favorecida por la poligamia. El señor de un lugar importante solía tener esposas procedentes de los lugares principales sometidos a él, y lo mismo iba sucediendo conforme recorremos la escala en forma descendente: un señor tenía una esposa principal procedente del lugar que estaba por encima de él, y esposas secundarias procedentes de los lugares sometidos, y esta práctica solía repetirse generación tras generación, creando una intrincada red de parentesco. Las hijas del señor principal que iban a casarse son los señores sometidos solían ser las descendientes de las esposas procedentes de ese lugar, y sus hijas serían las nuevas esposas de los señores principales. Esto sufrió un considerable vuelco cuando los mexicas llegaron al poder, pues las esposas principales en todos sitios pasaron a ser las que pertenecían a su linaje, relegando a las de Azcapotzalco, y colocándose en segundo lugar las del linaje de Texcoco. En realidad eran prácticamente un único linaje, una familia panmesoamericana del poder

como la llamó Pedro Armillas. Por eso era posible sustituir a un señor local por otro que ocupara un lugar dinástico semejante y las facciones estaban a la orden del día, quedando en general de manifiesto cuando moría un señor y sus posibles sucesores tomaban posiciones. De hecho también había lucha entre unos lugares y otros. Tepeaca era un lugar sometido al cercano Cuauhtinchan. Cuando se produjo la conquista mexicana, Tepeaca quedó como ciudad principal y Cuauhtinchan fue subordinada a ella, lo que se aclara cuando se comprueba que Tepeaca colaboró en la conquista y recibió como recompensa mejorar su lugar en la jerarquía local. Otra cuestión que nos ha traído de cabeza es que sobre el territorio del imperio mexicano, se extendía también el imperio de Texcoco y el de Tlacopan, ambos más pequeños. Es decir, que encontramos lugares que tributaban a una de las capitales, a dos o a las tres. Hemos comprendido mejor esta situación cuando hemos aplicado al estudio de los aztecas el modelo de imperio hegemónico, en el que no son los territorios los conquistados, sino los señores, y después hemos unido al mismo en concepto de «entreveramiento de territorios» que acuñó Pedro Carrasco. Así que no hay un imperio mexicano separado de un imperio texcocano y de un imperio tlacopaneca. En todas partes podía haber sujetos a uno u otro. El modelo es de dominio personal y se parece a la propiedad de las casas (y de cada piso en una casa) en las ciudades. Cada uno sabía qué era suyo, cada quién sabía a quien estaba sometido y las alianzas eran cambiantes. De hecho los candidatos a ser señores buscaban sus apoyos donde creían que les iba a ser más favorable, y eso continuó ocurriendo tras la conquista española.

Resumiendo. Había sitios que pagaban tributos en especie y su recolección parece haber estado organizada en una suerte de provincias, con un gobernador a la cabeza. Había otros lugares que contribuían con lo que se les pedía, que podían ser contribuciones ocasionales o consistir en la guarda de caminos o fronteras, o el mantenimiento de guarniciones que se encontraban en distintas zonas del imperio. La pertenencia al imperio les garantizaba el apoyo cuando eran desafiados, por ejemplo, y la defensa en caso necesario. Mientras no pasara nada, todos tranquilos.

De hecho, mucho tenemos que aprender del funcionamiento del imperio con el estudio de la conquista de México. Desde la llegada de los españoles a las costas, los representantes de Motecuhzoma se interesaron por lo que pasaba y Cortés se aprovechó de la dinámica política indígena, atrayendo aliados a su

causa, no solamente los tlaxcaltecas. La conquista española tuvo mucho de guerra mesoamericana y el establecimiento de la colonia se parece mucho a la forma en que los mexicas construyeron su imperio, como veremos más adelante.

Una parte importante de la expansión se produjo por la acción de las armas. La guerra azteca ha sido objeto de diversos estudios y sus características esgrimidas como justificación de la derrota que sufrieron cuando llegaron los españoles. Se habla de que no trataban de matar al enemigo, sino de hacer prisioneros, que una vez sacrificados, confirmaban el ascenso de sus captores. Incluso se habla de una *Guerra Florida*, una especie de guerra fingida en la que el único objetivo era la captura de prisioneros. Se hacía fundamentalmente contra Tlaxcala, que no había sido conquistada precisamente para cumplir esa función. Nuestra opinión es que contra Tlaxcala existía una guerra verdadera, como se vio cuando llegaron los españoles, y que el argumento mexica suena a disculpa: no los conquistamos porque no nos conviene. Esto de la guerra sin muertes es solamente una parte de la verdad. Cuando se podía, capturaban enemigos, cuando no, había muerte y destrucción e incluso saqueos de las poblaciones vencidas. Parece ser que hemos tomado la parte por el todo y que la guerra mexica se parecía bastante más a las guerras humanas de lo que habíamos pensado.

Organización social

Hemos mencionado varias veces ya a las elites. La sociedad mesoamericana era compleja, dividida en varios niveles, con un paso difícil de uno a otro. Había una nobleza de la que salían los dirigentes de los distintos lugares, que recibían títulos de distinta importancia en función de los lugares que gobernaban. En la categoría superior estaba el *tlahtoani*, que significa literalmente «orador» o «el que habla» pero que era el título de gobierno más alto, recibiendo su dominio el nombre de *tlahtoayotl*, literalmente «lo que es del tlahtoani». El señor de México recibía el título de *huey tlahtoani*, el gran tlahtoani, que solemos llamar emperador. Le seguía en rango el *tecuhtli*, señor de un *tecuhyotl*. y había distintos nombres para cargos menores, pues todos estos pueden ser llamados cargos y se parecen a nuestros reyes y condes, incluso en que cada señor lo puede ser de varios lugares, El equivalente a «nobleza» sería *pillotl*, la condición de *pilli*, pala-

bra que también significa «hijo». De esta manera, todos los hijos de un *tlahtoani* eran *pilli*, pero solamente uno heredaría el *tlahtocayotl*. Los demás tendrían que hacer méritos personales para no descender en la escala social. Asociada a la condición de noble encontramos generalmente la posesión de la tierra, y con ella, el dominio sobre personas que las trabajaban.

Por debajo de esta nobleza se encontraba la gente del pueblo que recibía el nombre de *macehualli*, y que tenía muchas diferencias entre unos y otros, tanto de ocupación como de nivel de vida. Aquí entraban los agricultores, los artesanos, los comerciantes, los transportistas, etc. Es decir casi todo el que no era noble. Las condiciones de unos y otros variaban según su dedicación y el lugar en el que vivían. No todos los agricultores recibían la misma cantidad de tierra ni de la misma calidad. Tampoco pagaban una cantidad uniforme de tributo. Había distintas categorías de trabajadores de la tierra y la distinción fundamental era para quién trabajaban. Por un lado estaban los habitantes de un *calpulli* que recibían tierras del mismo y debían pagar tributo en trabajo y en especie a los dirigentes del mismo, pero por otro había gente ligada a un señor, del que recibían tierra y al que entregaban tributo. El término más empleado para designar a estos trabajadores es *maye* (plural *mayeque*) que se traduciría por «el que tiene manos» y se asimiló más tarde a los braceros. En los manuales se suele decir que estos *mayeque* estaban ligados a la tierra, pero la documentación en nahuatl del siglo XVI nos muestra que se podían ir de un sitio a otro. Además, tenemos casos de personas que trabajaban distintos lotes de tierra pertenecientes a distintas personas, pudiendo ser al mismo tiempo *maye* y miembro de un *calpulli*.

Los comerciantes y los artesanos de los lugares pequeños tenían menos oportunidades que los de las grandes ciudades, y en estas había mucha gente dedicada a oficios que podemos llamar «urbanos», sobresaliendo entre ellos los dedicados al suministro y mantenimiento de la misma ciudad.

Existían unos esclavos, pero muy diferentes a los que había en Europa. En general, los cautivos en la guerra o los esclavos comprados en el mercado, estaban destinados a ser sacrificados a los dioses. Había un tipo de servidumbre, que fue identificada con los esclavos tras la llegada de los españoles, pero se trataba de gente que vendía su fuerza de trabajo por anticipado y no perdía su libertad. Podían cambiar de amo e incluso rescatar su obligación, mediante el pago de la cantidad que aún debieran.

La gente baja estaba organizada en unidades generalmente llamadas *calpulli* que han sido identificadas con clanes y se dice que había nexos familiares entre los distintos miembros. En las ciudades, sobre todo en Tenochtitlán eso no parece tan claro y predominan los equivalentes de los barrios. En documentación colonial temprana en nahuatl, como los *Padrones de Morelos*, la situación parece ser un poco más compleja y hay miembros de *calpullis* que no tienen lazos de parentesco con los demás.

Organización económica

El sistema económico era también complejo, como corresponde a una sociedad que se extendía por hábitats distintos, y englobaba tanto agricultores autosuficientes, como agricultores dependientes, artesanos, pueblos y ciudades.

Producción: sistemas agrícolas

La base económica de Mesoamérica era la agricultura. Se producía gran número de plantas diferentes, no todas para servir de alimento, y mediante técnicas diferentes. Los productos más extendidos eran los tradicionales: maíz, frijol, calabaza y chiles. A ellos se unían distintas yerbas comestibles, y un gran número de frutas, entre las que podemos destacar el aguacate, el mamey, los zapotes, los capulines, y los tomates, de los que había distintas variedades, etc. El maíz se cultivaba desde el nivel del mar hasta los 4000 m de altitud y se sembraba casi en cualquier sitio. En la montañosa Mesoamérica, el aprovechamiento de las laderas mediante la construcción de terrazas estaba muy extendido, aunque sin llegar a la magnitud de los Andes. Además el sistema que se llama *tecorral*, en el que pequeños muros de piedra seca retenían la tierra, allanaban el terreno y dejaban pasar el agua, resultó ser muy eficiente. Hay una planta que destaca por su nivel de aprovechamiento y es el maguey, al que en España llamamos pita. De él se aprovechaban las hojas para hacer techos y para comerlas, los troncos para hacer vigas, las púas para hacer agujas y para sangrarse en los rituales de autosacrificio, y la savia para elaborar una bebida alcohólica, el pulque. Además, servía como cercas y para fijar los suelos. También era de gran utilidad el nopal (la chumbera), del que había distintas variedades que daban frutos de

colores distintos. También servían para cercar, se comían las hojas tiernas y servían de base para la cría de la cochinilla, un insecto del que se extrae un colorante rojo muy apreciado.

Un tipo de agricultura enormemente eficiente y que estaba muy extendido por los lagos que rodeaban la ciudad de Tenochtitlán era lo que se conoce como chinampas. Consistía en construir amontonando lodo en los lagos un terreno elevado, que con la humedad y los nutrientes que aportaba el propio lodo se convertía en un terreno altamente productivo que permitía recoger varias cosechas anuales (entre 3 y 7 según a qué autor sigamos). El rendimiento era muy alto, pues se sembraba en almácigos y solamente se trasplantaban las plantas que se habían logrado. Además, se practicaba la costumbre mesoamericana de sembrar conjuntamente varias plantas, como ocurría sobre todo con el maíz, el frijol y la calabaza. No solamente se aprovechaba más el terreno, sino que al absorber nutrientes distintos, la siembra conjunta potenciaba las cosechas de cada uno de los productos. Además, el frijol trepaba por las cañas del maíz, y las calabazas aprovechaban la sombra que estas daban, ahorrando además trabajo a los agricultores. Para rematar la faena, los canales que separaban las chinampas, permitían el riego a mano, la renovación del suelo de las chinampas depositando sobre ellas el lodo que se extraía del fondo de los mismos, lo que a su vez ayudaba a mantener abiertos a la navegación los propios canales, y facilitaba el transporte de las cosechas. Las chinampas ayudaron mucho a la alimentación de la creciente capital azteca.

Tributo

Dentro de la economía del imperio ocupó un lugar destacado el sistema tributario. Los vasallos pagaban tributos a sus señores desde mucho tiempo antes de que aparecieran los aztecas, pero la extensión del imperio que formaron hizo que se refinara mucho el sistema tributario. Tenemos evidencias documentales de los sistemas imperiales, sobre todo a través de los dos grandes «códices tributarios»: el *Códice Mendoza* y la *Matrícula de Tributos*, que se refieren a los tributos que percibía Motecuhzoma II, el emperador que gobernaba cuando llegaron los españoles. Tenemos noticias de lo que pagaban los macehuales a sus señores gracias a la información de algunos cronistas y de documentos como los mencionados *Padrones de Morelos*, pero nos falta todo lo intermedio.

En general, los macehuales recibían tierra y a cambio pagaban tributo a su señor, tanto en especie como en trabajo. Los artesanos pagaban en productos de su oficio o en cacao, que servía como dinero. Estos señores, a su vez pagaban a una entidad superior y de ahí hasta la organización imperial tenemos un vacío. Sabemos que no se trataba simplemente de un proceso de acumulación, pues aunque esto podía ser así con el maíz, los frijoles y las mantas que Motecuhzoma recibía, no podía ocurrir igual con cosas como las piedras de liquidámbar. En algún lugar que aún se nos resiste se encuentra la clave de cómo se transformaba el tributo común de los de abajo en los sofisticados productos de lujo que el emperador recibía. Lo más probable es que en cada nivel se fueran produciendo cambios, hasta llegar a los señores provinciales que eran los que tributaban al emperador, como indica el sistema personal que hemos comentado al hablar del imperio. Se discute si lo que las provincias debían pagar se producía en las mismas o tenían que obtenerlo de lugares más lejanos, pero la evidencia señala que se producían todas las situaciones y que una forma de castigar a los rebeldes era exigirles que pagaran productos que no les resultaba fácil obtener. El sistema imperial se preocupaba del desarrollo económico de los lugares sometidos, pues eso les convertía en potenciales consumidores de lo que la capital producía.

Entre los productos que Motecuhzoma recibía se cuentan granos como el maíz, frijol, huauhtli y chía, de los que recibía miles de toneladas anuales; trajes de guerrero adornados con plumas, plumas de diversos colores, ollas, miel, liquidámbar, pieles de jaguar, prendas de vestir, oro, jade, chalchihuites, cacao, algodón y una enorme cantidad de mantas de distintos colores. Para algunos autores, entre los que nos contamos, esa cantidad podía superar los tres millones anuales. Es importante destacar que muchas de esas mantas funcionaban también como una especie de moneda.

Todo esto tenía que ser producido en algún sitio y sobre todo, tenía que ser transportado, a veces desde distancias muy grandes. Hemos hecho un avance de las necesidades de transporte con Juan José Batalla, estudiando la provincia de Taxco y las cantidades son desorbitadas.² El tributo movilizaba una gran parte de las fuerzas del imperio.

2. Rojas, José Luis de y Juan José Batalla: «Los números ocultos del *Código Mendoza y la Matrícula de Tributos*. *Revista Española de Antropología Americana* 38,2, pp. 199-206, 2008.

El transporte es un punto muy importante de cualquier economía. En Mesoamérica no había animales de tiro, ni se utilizaba la rueda. Donde las condiciones los permitían, como ocurría con los lagos que rodeaban Tenochtitlán, el agua ayudaba al transporte, pero en la mayoría de los casos la única manera de hacerlo era con la fuerza humana. Había una categoría de trabajadores, llamados *tlameme*, que quiere decir cargadores, que en algunas obras aparecen como una clase social aparte, cuando simplemente era un oficio, posiblemente de gente baja. Eran adiestrados desde pequeños, para acostumbrarlos a llevar las cargas, que eran incrementadas conforme los muchachos crecían. Se discute mucho sobre el peso que llevaban y las distancias que recorrían. Hay algo más de acuerdo sobre estas últimas en que era entre 20 y 25 km diarios y más disensión sobre el peso, pues las fuentes del siglo XVI lo sitúan reiteradamente en unos 23 kg y eso a muchos investigadores les parece poco y llegan a afirmar que no se respetaban los límites impuestos. Estamos de acuerdo en que posiblemente hubiera fraude y también nos parece poca carga para cargadores especializados, pero la documentación insiste en que esa era la carga y deberíamos ser respetuosos con la misma. En cualquier caso, se necesitaban miles de cargadores para llevar los tributos. Cada troje de grano de las que tributaban las provincias necesitaba unos 10 000 cargadores por día y en las cuentas más conservadoras, se tributaban más de 50 al año y en algunos casos había que recorrer cientos de kilómetros para hacer la entrega. Hernán Cortés indicó la presencia en el mercado de Tenochtitlán de «indios ganapanes para llevar cargas», pero probablemente se trate de cargadores ocasionales. Los mercaderes, sobre todo los de larga distancia, es posible que contaran con sus propias organizaciones de transporte.

El transporte y los tributos requerían una red de infraestructuras. Algún tipo de camino debía estar abierto y cada cierto trecho debería haber lugares donde comer y dormir. Bernal Díaz del Castillo menciona la existencia de una especie de mesones «donde posaban indios mercaderes», pero poca atención hemos dedicado a este punto, como tampoco nos hemos ocupado de los necesarios almacenes que debían existir en los lugares de producción, en los centros de recolección, a lo largo de los caminos y en los lugares de destino. Cuanto más cosas movamos, más necesidades generamos.

El comercio es otra de las partes fundamentales de la economía. En el imperio azteca había diversos tipos de comerciantes, unos organizados, otros es-

pontáneos. Ha sido costumbre en la bibliografía decir que los comerciantes constituían una clase social diferente, cuando se trata simplemente de una actividad económica que englobaba gente de muy diversa condición. También ha sido costumbre separar el comercio de larga distancia del estudio del mercado, cuando se trata de dos aspectos de una misma realidad.

La base para estudiar el mercado la han constituido los diferentes relatos del mercado de Tenochtitlán que nos han llegado, con el de Hernán Cortés en la segunda carta, a la cabeza. En ellos se refiere la multitud de artículos de todo tipo que se vendían, la organización, la periodicidad, la vigilancia, etc. Pero hay cosas que no se dicen, como es el abastecimiento del mismo. Se vendían en el mercado alimentos, tanto crudos como cocinados, en los que predominaban los vegetales: maíz y frijoles de distintos tipos, frescos o transformados en tortillas, gran cantidad de frutas y condimentos, con una destacada variedad de chiles. Se vendían dulces y guisos, carne, pescado, pero también animales vivos, algunos de ellos no destinados al consumo como las aves de presa que describe Cortés. Había también lo que para los españoles eran sabandijas, algunas de las cuales hoy día son exquisiteces de la comida mexicana y casas donde «se daba de comer y beber por precio» (Hernán Cortés). Se vendían también bebidas como el cacao, el atole y el pulque. Había también todo tipo de textiles, prendas hechas, como los bragueros que utilizaban los hombres y las faldas y blusas de las mujeres, hilos, adornos, ungüentos, perfumes. Se vendían herramientas y materiales de construcción, loza, escobas, etc. Había servicios, además de lo de comer y beber y los ganapanes ya mencionados, como pueden ser boticarios y barberos. Uno de los productos más extraños era la «yenda de hombre» que menciona Bernal Díaz, recogida en canoas en los sitios reservados que había por la ciudad para que la gente pudiera «purgar los vientres».

Los vendedores pertenecían también a distintas categorías. Los había que solamente vendían sus excedentes, otros vendían lo que producían, otros compraban para vender y otros más lo hacían recorriendo largas distancias. Nuestros informantes nos dicen que se vendían en el mercado productos procedentes de todas partes del imperio, y eso implica algún tipo de organización. En el mercado de Tlatelolco (que es el que describen los distintos autores) donde se dice que había diariamente arriba de 60 000 personas comprando y vendiendo, la logística debía ser muy importante. Hay que pensar que hay que llevar las mercancías y deshacerse de los desechos y con esos volúmenes, si no hay orga-

nización se produciría el caos. Nos falta hacer una especie de geografía de los productos a la venta, para poder aproximarnos a la extensión de las redes de comercio, y nos falta también ocuparnos de la multitud de mercados más pequeños que había por todas partes, incluso en la misma ciudad de Tenochtitlán. Algunos no eran diarios, sino que tenían lugar cada cinco días o cada veinte, según la importancia del lugar, y probablemente la oferta sería también más reducida. Sabemos que había comerciantes que iban de mercado en mercado, vendiendo sus productos, pero no hemos estudiado lo suficiente los circuitos de suministro. Sabemos que agricultores, pescadores, cazadores y artesanos creaban en ocasiones redes donde parte de la familia se dedicaba a la producción y otra parte a la distribución y venta. En otros casos, con los llamados por los españoles «regatones», eran comerciantes que vendían en un lugar lo que habían comprado en otro. Tiempos, precios, almacenaje, sistemas de transporte, están esperando estudio.

La categoría de comerciantes que más a menudo aparece en la documentación es la que en nahuatl se llama *pochteca*, los comerciantes de larga distancia. Era toda una carrera profesional que comenzaba muy pronto, con la participación de los muchachos en expediciones comerciales, que podían llegar a durar varios años. Más adelante y tras haber realizado el correspondiente rito de paso celebrando una fiesta, los aspirantes a comerciantes podían dirigir expediciones. Cuando sus ganancias se lo permitían, una nueva fiesta los podía convertir en comerciantes que no viajaban, pero que aviaban las expediciones. Aún podían ascender más, pagando uno o varios esclavos para el sacrificio y convertirse así en dirigentes de los comerciantes. Por supuesto, pocos eran los que alcanzaban este nivel. La mayoría quedaría en un nivel más bajo. Estos comerciantes negociaban con objetos de lujo cuya relación valor/peso era satisfactoria, y recorrían todo el imperio e incluso iban más allá. Los comerciantes servían también como espías, iban armados en sus expediciones y llegaban a realizar conquistas en nombre del imperio. Contaban con la protección del emperador y uno de los motivos que se citan para declarar una guerra es el ataque a alguna expedición de comerciantes. De lo que sabemos poco es de las rutas que seguían, si tenían establecimientos comerciales o factorías en distintos lugares. En alguna parte tendrían que realizar el aprovisionamiento en ruta y no se descarta que poseyeran alguna red de almacenes para conservar las mercancías, sobre todo si aceptamos que no necesariamente una misma caravana debía

realizar todo el recorrido. Y esta infraestructura debe incluir el control de los cargadores. No creemos que el transporte de caras mercancías quedara en manos de tlameme reclutados por el camino, sino que las «empresas comerciales» debían contar con su propia red de cargadores. También es importante considerar que las mercancías podían ir cambiando en ruta, que no es necesario que todo lo que llevan los comerciantes a Tenochtitlán proceda del lugar más distante. El negocio podía ser más próspero transformando mercancías en ruta, haciendo negocio tanto a la ida como a la vuelta. Los comerciantes más ricos eran considerados parte de la elite y eran poseedores de tierras, lo cual por sí mismo constituye un símbolo de status.

Tenochtitlán

Un rasgo diferencial fundamental del imperio mexica fue su propia capital, Aunque aceptamos la existencia de imperios anteriores, ninguno dispuso de una capital tan grande y diversificada, que conocemos bastante bien por el relato de conquistadores y cronistas. Solamente Teotihuacán, cuyo esplendor se sitúa unos mil años antes, presenta un tamaño similar, aunque se manejan cifras de población sensiblemente inferiores y se discute si tuvo o no imperio.

El tamaño de Tenochtitlán está por determinar. En superficie hay más o menos acuerdo en que llegó a ocupar unos 13,5 km², pero en la cuantía de la población las cosas son más complicadas y las estimaciones se basan en documentos distintos, en diferentes lecturas de los mismos documentos, con el añadido del factor ideológico. Es decir, si los investigadores creen que era grande, muy grande o enorme. Las cifras que se manejan van desde los 60 000 habitantes hasta 1 000 000 y hay cierta costumbre en los países anglosajones de aceptar una población de entre 150 000 y 200 000 habitantes, y en los de habla hispana de llegar hasta los 300 000. Pero creemos que todo son especulaciones y que nunca llegaremos a saber la verdad. Lo que sí tenemos claro es que la cuantía de la población es una variable dependiente, que trae consecuencias. Cuanta más gente, más necesidad de espacios y de alimentos y agua. Por otra parte, más gente disponible para realizar tareas. La vida en las ciudades es muy diferente a la del campo y cuando la ciudad es tan grande, eso se potencia. En muchos manuales se describe a la población común de los aztecas como campesinos y eso en la ciu-

dad no funciona. En las ciudades suele predominar la especialización, que tiene ventajas e inconvenientes. Entre las ventajas, los especialistas tienden a hacer mejor las cosas. Entre los inconvenientes, deben procurarse en otro sitio lo que necesitan y no producen, principalmente alimento y vestido. Por eso es fundamental el mercado en la vida de las ciudades. La existencia ya mencionada de tantos productos alimenticios, de materias primas y de herramientas en el mercado nos está hablando del público al que está dedicada esa oferta. Y la característica común de ese público es la especialización. Entre las ocupaciones de los habitantes de una ciudad, ocupa un lugar destacado la construcción y mantenimiento de la misma. Hay que levantar edificios y hay que mantenerlos. Hay que trazar calles, y en el caso de Tenochtitlán, canales y mantenerlos limpios y despejados. La mayoría de las casas de Tenochtitlán eran de una planta, con construcciones alrededor de un patio, y solamente los palacios de los señores podían tener más de una altura. Muchas de ellas incluían pequeñas chinampas en las que se podían cultivar algunas verduras y flores. Había tres tipos de calles: de tierra, de agua y mixtas. Y era necesario tener puentes para cruzar las acequias, probablemente levadizos, como los que había en las calzadas que conducían de tierra firme a la ciudad. Resultaban más baratos, permitían el tráfico de canoas y en caso de ataque tenían un valor defensivo. Además, en cada barrio había un templo, con un sacerdote encargado del mismo, y una escuela a la que debían asistir todos los muchachos, más o menos hasta los 15 años. Entre otras cosas, aprendían en ellas el arte de la guerra. Además de estas escuelas generales, había otras más exclusivas, llamadas *calmecac* a las que predominantemente iban los hijos de los nobles y en ellas se aprendía a leer, a escribir, la historia y el canto, y se preparaban los futuros sacerdotes. Eran una especie de internados en los que la vida era muy dura, pues los mexicas creían que así se curtían los jóvenes. No en todos los barrios había *calmecac*. Sobre toda la ciudad, dominaba el recinto del Templo Mayor, al que nos referiremos más adelante.

Una paradoja de México en una laguna es que el agua de la misma no era potable. El suministro de agua potable debía llegar desde la tierra firme y esta escasez resultaba una importante debilidad en caso de ataque, como se demostró en el asedio de 1521. El suministro principal llegaba por el acueducto de Chapultepec, al oeste de la ciudad, en la que una construcción de doble caño llevaba el agua al interior de la ciudad. El doble caño tenía como finalidad mantener uno en funcionamiento mientras se limpiaba o reparaba el otro. El

agua llegaba así a unos puntos en los que aguadores con canoas la recogían y la llevaban a vender por la ciudad, y un sistema de conductos la llevaban directamente al interior de las casas de la gente principal. Conforme creció la ciudad, se necesitó más agua y se trató de habilitar otras fuentes, como el Acucuecxo, en el sur, pero su apertura provocó una inundación y no queda claro en la documentación que pasó después de solventar esta. No debemos olvidar, de todas maneras, que la presencia de la ciudad en el centro de un sistema de lagunas traía aparejado el riesgo de inundaciones. Este asunto trajo de cabeza a las autoridades españolas a lo largo del siglo XVI y comienzos del XVII, esfuerzos que no fueron culminados por el éxito.

Como ya hemos visto, la mayoría de las necesidades de los habitantes de Tenochtitlán eran cubiertas a través del mercado. En las ciudades, la especialización laboral es la norma, y Tenochtitlán no fue una excepción. Además de la gran cantidad de gente ocupada en la construcción, mantenimiento y abastecimiento de la ciudad, que ya hemos comentado (albañiles, carpinteros, entalladores, barrenderos), los tenochcas se dedicaban a numerosas actividades, entre las que podemos destacar las artesanales (lapidarios, escultores, ceramistas, pintores, petateros, fabricantes de herramientas, como las navajas de pedernal, joyeros, artesanos de la pluma, etc), el servicio doméstico y las actividades que solemos agrupar en el sector terciario: un sector considerable de la población se ocupaba de lo que podríamos llamar servicios sanitarios, como son los médicos, las parteras, los boticarios, los odontólogos y los encargados de los baños públicos. En México estaba extendido el tomar baños de vapor, que había en cada barrio e incluso algunas casas los tenían particulares, y en ellos había encargados de tener la leña, hacer el fuego, calentar el agua y dar el servicio adecuado. También en este apartado habría que incluir a los encargados de las pompas fúnebres, a los astrólogos y a los hechiceros. La afluencia de visitantes a la ciudad hacía necesario un servicio de hostelería. Ya hemos mencionado que en el mercado había casas donde daban de comer y beber, pero también existían albergues para que pudieran dormir los visitantes. El panorama se puede completar con la presencia de prostitutas, alcahuetes, ladrones, jugadores y juglares. Alguaciles y vigilantes recorrían la ciudad y existían tribunales de distintas instancias para resolver los pleitos.

Entre los aztecas estaba permitida la poligamia pero solamente a las clases superiores. La norma general, que puede estar relacionada con el poder adqui-

sitivo, es el de matrimonios monógamos, que pueden vivir varios juntos en una sola casa. Las mujeres trabajaban generalmente en las mismas, ocupándose de las tareas domésticas, aunque el inventario de vendedores del mercado manifiesta la presencia de muchas mujeres ejerciendo una actividad fuera del hogar. Los niños iban a la escuela hasta la edad de contraer matrimonio, y generalmente aprendían el oficio de sus padres. La monotonía de la vida diaria se rompía con la celebración de las numerosas fiestas que los calendarios estipulaban, más todas las relacionadas con los ritos de paso como son la petición en matrimonio, la celebración del mismo, el nacimiento de los hijos, la imposición del nombre, y las honras fúnebres.

La religión tenía una parte fundamental en la vida diaria de los aztecas. El calendario de dos ciclos hacía que algunas fiestas parecieran moverse y eso requería la presencia de especialistas que decidían cuando había que llevar a cabo algunas ceremonias. Había dioses para cada cosa, aunque muchas veces más que dioses distintos son advocaciones del mismo. Por ejemplo, uno de los dioses principales era Tezcatlipoca, un dios guerrero. A su vez Tezcatlipoca se asociaba con los puntos cardinales y los colores: el Tezcatlipoca negro mantenía su nombre; el Tezcatlipoca azul era Huitzilopochtli el dios particular de los mexica; el Tezcatlipoca rojo era Xipe Totec, dios de los orfebres; y el Tezcatlipoca blanco era Quetzalcoatl, quien a su vez era Tlahuizcalpantecuhtli (Venus como estrella de la mañana), Yacatecuhtli (dios de los mercaderes), Xolotl (el dios de los gemelos) y Ehecatl (el dios del viento). No es fácil saber cuándo nos encontramos ante un dios diferente o ante una advocación. Además cada dios tenía aspectos múltiples, generalmente asociados a la dualidad. Es decir, un dios es al mismo tiempo, bueno y malo, joven y viejo, hombre y mujer. Por eso es tan importante tenerlos contentos y hacerles ofrendas y sacrificios. Entre estos últimos los que más atención han recibido son los sacrificios humanos.

Había templos en todas las ciudades, y en el interior de ellas en cada barrio. Los vecinos y los distintos oficios tenían sus dioses patronos a los que realizaban las ofrendas cuando el ritual lo marcaba. Había ritos fundamentalmente domésticos y grandes ceremonias públicas, en la que participaban desde el *huey tlahtoani* hasta el último de los macehuales. Parte importante de estas ceremonias, pero también de la ciudad de Tenochtitlán y de la historia de la arqueología era el Templo Mayor.

Ya hemos mencionado que el oficio de sacerdote comenzaba a aprenderse en los calmecac. Había muchos tipos de sacerdotes, con una fuerte jerarquía, e incluía a los encargados de los templos de los barrios, los de los distintos templos del recinto del Templo Mayor, los encargados de leer los destinos, hasta llegar a la cúpula con dos sacerdotes que gobernaban a los demás. Los sacrificadores ocupaban un elevado lugar en el escalafón.

El Templo Mayor

Conocida su existencia desde los relatos de los primeros conquistadores, su ubicación exacta quedó opacada por el crecimiento de la nueva ciudad de México que trató de ocultar todo lo relacionado con la religión antigua. Cuando se comienzan a realizar en la ciudad obras de alcantarillado y de distribución de agua y de luz, a últimos del siglo XIX y comienzos del XX se localizaron cerca del Zócalo algunas partes del Templo, pero siguió su descanso hasta que en 1978 se produjo el descubrimiento de la gran estatua de Coyolxauhqui, una diosa lunar relacionada con el mito del nacimiento de Huitzilopochtli, de unos 3 m de diámetro. Ese hallazgo desencadenó la puesta en marcha del Proyecto Templo Mayor, que aún sigue trabajando. Resultado del mismo es el hallazgo de diversos edificios, numerosas tumbas y millones de objetos. Y la construcción de una gran recinto arqueológico con un museo propio en pleno centro de la ciudad.

Pero remontémonos un poco en el tiempo. Fray Bernardino de Sahagún, en el siglo XVI, describió el recinto del Templo Mayor, que estaba rodeado por un muro y contenía en su interior 78 edificios, que incluían un Juego de Pelota, un calmecac, un tzompantli (el altar donde se ponían los cráneos de los sacrificados), un templo circular dedicado a Ehecatl (el dios del viento), presidiendo todo el conjunto el gran Templo Mayor, pirámide escalonada, con dos escaleras al frente y dos templos en la parte superior, el del sur dedicado a Huitzilopochtli, con su piedra de sacrificio delante, y el de Tlaloc, al norte. La mayoría de estos edificios han sido puestos de manifiesto por las excavaciones, aunque algunos se encuentran fuera del actual recinto, pues el antiguo era mayor. Algunos restos se descubrieron en las tareas de consolidación de la catedral, por ejemplo. Las excavaciones han puesto de manifiesto que los mexica practicaban el mismo tipo de arquitectura que estaba extendido en Mesoamérica: los edi-

ficios se ampliaban cubriendo los antiguos. También nos ha dejado claro que los relatos de los cronistas eran muy ajustados. Si comparamos las imágenes del Templo Mayor que nos dejaron fray Bernardino de Sahagún en los *Primeros Memoriales* o fray Diego Durán en su *Historia de los Indios de Nueva España e islas de Tierra Firme* con lo que ahora podemos ver, queda claro que se trata de lo mismo. pero también las excavaciones nos han traído cosas que ignorábamos, como la utilización del pasado que hicieron los mexica. En el Templo Mayor han aparecido objetos de todos los rincones del imperio, lo que asociamos con la llegada de los tributos, pero también han aparecido cosas antiguas, como figuras teotihuacanas. Algunas son originales y otras son reproducciones de la época. Esto supone un desafío fascinante sobre la interpretación del pasado que los mexica hicieron. Y un dolor de cabeza para los investigadores, pues las piezas encontradas fuera de contexto y clasificadas por su estilo pueden tener que ser reevaluadas.

El conjunto principal del Templo Mayor reproduce el mito del nacimiento de Huitzilopochtli. Este se produjo en una montaña llamada Coatepec (el propio templo), su madre era Coatlicue, la de la falda de serpientes (la estatua fue hallada a fines del siglo XVIII) y a los pies se halla el cuerpo desmembrado de Coyolxauhqui, la luna, derrotada por Huitzilopochtli (el sol) al nacer completamente armado. Por supuesto, en lo alto reina este. En el mito aparecen los Cuatrocientos del Sur (las estrellas) que aún no han aparecido, aunque hay propuestas de identificación. Tanto Coyolxauhqui como los Cuatrocientos eran hijos de Coatlicue (diosa de la tierra) y se enfadaron mucho cuando vieron que estaba embarazada. Por supuesto el mito muestra como el sol, al nacer de la tierra, acabó con la luna y las estrellas.

El mito da soporte a la costumbre de ofrendar vidas humanas a los dioses. Es generalmente puesta de manifiesto la sed de sangre de Huitzilopochtli y los miles de sacrificados que eran ofrendados cada año, llegando a aparecer en fray Diego Durán la cifra de 80 400 sacrificados en la inauguración del Templo Mayor en 1487. El propio fraile pone en duda la cifra, que es del todo increíble. Es cierto que se sacrificaban hombres, mujeres y niños en distintas fiestas, pero en número mucho menor y en contextos ceremoniales, no a degüello. Los cronistas también hablan de un altar de cráneos con más de 136.000, pero tal cosa no ha aparecido en las excavaciones. Lo que hasta ahora tenemos es mucho más pequeño y las calaveras no son auténticas, sino reproducciones en piedra.

No podemos dejar de mencionar que en el sistema de creencias mexica había una vida de ultratumba, o mejor dicho, varias. Todos los seres humanos llegaban a este mundo de la misma manera, pero lo abandonaban de formas distintas y esa manera de morir determinaba su vida de ultratumba. Los niños que morían antes de haber comido maíz, iban a una especie de limbo, desde el que podían volver a nacer. Los demás solo tenían una oportunidad en la tierra. Los que moría elegidos por Tlaloc, el dios de las aguas, iban a su paraíso, que es descrito como un lugar de deleite. Estos eran los que se ahogaban, morían alcanzados por un rayo, o de alguna enfermedad relacionada con este dios, como son las bubas o la hidropesía. Los guerreros que morían en combate o sacrificados después de haber sido hechos prisioneros, así como las mujeres que morían de parto, iban al paraíso del sol. Ellos los acompañaban en su ascenso hasta el mediodía, y ellas hasta el ocaso. El resto de los mortales iban al Mictlan, el dominio del dios de la muerte, Mictlantecuhtli, donde llegaban después de pasar varias pruebas. Este era un lugar de oscuridad y los frailes lo identificaron con el Infierno. El cambio que la religión cristiana supuso en la creencia en el mundo de ultratumba fue tremendo y no siempre bien entendido. Los frailes amenazaban a la gente con ir al Mictlan sino se comportaban bien, y como los indígenas creían que lo más probable es que fueran allí de todas maneras, pues se relajaron en sus costumbres. En el mundo mexica, las transgresiones de la ley se castigaban fuertemente, a menudo con pena de muerte, y ahora se vinculaban a un destino nada claro. Además, en el mundo prehispánico había una especie de confesión pública que perdonaba las faltas en todos los ámbitos. La pega es que solamente se podía hacer una vez en la vida, mientras que el cristianismo no ponía límites a las veces que se podía uno confesar. Tardaron los frailes en darse cuenta de la que habían liado, pero gracias a esa toma de conciencia, nos ha llegado a nosotros el relato.

Arte azteca

Dos factores han limitado la llegada de piezas aztecas a nuestros días. El primero es la brevedad del imperio que parece no haber dado tiempo a la creación de un estilo imperial. El segundo, la ubicación de la ciudad de México encima de la antigua capital, dificultando en gran manera las excavaciones. Claro está

que la ciudad actual supera ampliamente los límites de la antigua, cubriendo la práctica totalidad del valle de México y extendiéndose por los adyacentes. Tenemos pocos elementos de arquitectura, como las ruinas del templo de Tlatelolco y las del mencionado Templo Mayor, que demuestran el mismo estilo, el mesoamericano. Hay algunos edificios esparcidos por la ciudad como Santa Cecilia Acatitla, Tenayuca o el adoratorio de Ehecatl en la estación del metro de Pino Suárez. Incluso un resto de Acueducto, cerca del bosque de Chapultepec. Lo que más llama la atención es la escultura de gran formato. Son famosas las tres piedras encontradas a fines del siglo XVIII cerca de la catedral: la Piedra del sol, la Coatlicue y la Piedra de Tizoc. Todas ellas, como la imagen de Coyolxauhui, rondan los 3 m de diámetro o altura. En formatos más pequeños tenemos muchas representaciones de serpientes, el Teocalli de la Guerra Sagrada y muchas esculturas de formato pequeño, con una gran riqueza de detalle, lo que nos habla de la habilidad técnica que tenían. Tambores y lanzadardos de madera nos ilustran sobre el trabajo en estos materiales. La cerámica nos muestra la variedad de formas y decoraciones y debemos destacar en este breve repaso, la plumería. No era exclusiva de los aztecas, y parece haber tenido su cenit en Michoacán, pero componían cualquier imagen utilizando plumas de distintos pájaros y colores, labor que se extendió en el mundo colonial al arte religioso. Joyería en piedras semipreciosas, conchas y oro es también digna de ser destacada. Recientemente se ha empezado a estudiar el arte azteca provincial, pero aún es pronto para evaluar el impacto visual de la pertenencia al imperio. Si sabemos ya que había tanto importación de piezas como imitación de las mismas.

Unas palabras deben ser dedicadas al arte de escribir. El uso de la escritura estaba muy extendido en Mesoamérica, coexistiendo varios sistemas de escritura. Con ella se esculpían textos en las piedras, se pintaban en la cerámica o se escribían en libros que generalmente llamamos códices. Se han conservado unos 15 prehispánicos, entre los que se encuentran los cinco del Grupo Borgia y el Códice Borbónico. Además de su belleza formal, proporcionan una rica información, que comprendemos cada vez más. La continuación del uso de estos tipos de escritura tras la llegada de los españoles nos ayuda a profundizar en su estudio, pues muchas veces la escritura indígena está acompañada de un texto en alfabeto latino, sea en castellano, latín, italiano o una lengua indígena. No todo acabó con la llegada de los españoles, aunque nosotros si vayamos a terminar con ella.

La llegada de los españoles y el inicio de la Colonia

El imperio azteca estaba aún expandiéndose cuando llegaron los primeros españoles en 1517. Su proceso de consolidación estaba en curso, y el desarrollo de estrategias regionales que permitieran una mejor gestión de la nueva entidad política. La mayoría de los procesos estaban implantados en Mesoamérica desde mucho antes de que los aztecas existieran, pero no hay que descartar que surgieran nuevos modos de comportarse. Todo ello quedará para el campo de la especulación. Lo cierto es que tras dos pequeñas expediciones en 1517 y 1518, en 1519 arribó a las costas del actual México la expedición comandada por Hernán Cortés, con unos 500 hombres. Tradicionalmente se ha descrito la conquista de México como una gran hazaña llevada a cabo por un excepcional capitán y un puñado de aguerridos soldados que se beneficiaron, entre otras cosas, de las supersticiones de los indígenas, entre las que jugaría un papel fundamental la creencia de que el dios Quetzalcoatl había de regresar para recuperar su reino, en una año 1 Caña. El año de 1519 fue 1 Caña. No hay que desdeñar completamente este tipo de argumentos, pero hoy día la tendencia más general es introducir el factor indígena en el proceso de conquista. Como hemos relatado ya, el imperio azteca estaba en formación, muchos lugares acababan de ser sometidos y otros aún resistían a la conquista. Esto generaba un clima de descontento que Cortés supo utilizar. Las alianzas sucesivas con Cempoala, Tlaxcala y más adelante Texcoco, proporcionaron a los españoles conocimiento de la tierra, provisiones, y un ejército numeroso que fue creciendo conforme la conquista avanzaba. Y cuanto más crecía, menor era el ejército aliado de Tenochtitlán. Cortés mismo dice en su tercera carta de relación que no pudo detener el saqueo de Tenochtitlán tras su caída el 13 de agosto de 1521 *porque nosotros éramos obra de nuevecientos españoles y ellos más de ciento cincuenta mil hombres de guerra.*³ «Ellos» son los indios aliados y estas cifras ayudan más a comprender el proceso de conquista, que bien mirado se parece mucho a la guerra que Tenochtitlán encabezó contra Azcapotcalco: una rebelión de descontentos que fue acumulando efectivos hasta superar los del gobierno establecido. En el caso mexica, se dio comienzo al imperio con una política de alianzas y conquistas,

3. Hernán Cortés, *Cartas de relación de la conquista de México*, carta 3, p. 179. Madrid: Espasa Calpe, 1979.

de confirmaciones y cambios. Los señores leales fueron confirmados, los fallecidos y enemigos, sustituidos generalmente por alguien de su propia familia. En algunos casos se nombraron nuevos señores, pero fueron los menos. Si estudiamos las elites indígenas de México en el comienzo de la colonia, vemos que se dieron los mismos procesos y que las dinastías locales lograron retener una cuota importante de poder. El imperio azteca desapareció y comenzó el dominio español, pero cuanto más estudiamos ese proceso, más continuidades vemos.

Pero eso es otra historia.

Bibliografía recomendada

Alcina, José. *Los aztecas*. Madrid: Historia 16, 1989.

Batalla, Juan José y José Luis de Rojas. *La religión azteca*. Madrid: Ed. Trotta, 2009.

Davies, Claude Nigel. *Los Aztecas*. Barcelona: Destino, 1977.

Nichols, Deborah L. y Enrique Rodríguez-Alegría. *The Oxford Handbook of the Aztecs*. New York: Oxford University Press, 2017.

Rojas, José Luis de. *Imperio Azteca: historia de una idea*. Madrid: Rosa María Porrúa, 2016.

Smith, Michael E. *The Aztecs*. Oxford: Blackwell Publishers, Inc, 1996. (Hay varias ediciones posteriores revisadas).